

METAMORFOSIS EN UN RELATO DE ZAKARIYYĀ' TĀMIR

María J. Viguera

Diversas referencias a metamorfosis llenan, con la riqueza de sus simbolismos, muchas páginas de la literatura universal; es tema bien conocido, objeto de estudios numerosísimos, entre los cuales, como muestra de su gran variedad, cabe remitir a la gran compilación de Stith Thompson, *Motif-Index of Folk-Literature*¹.

El tema de ninguna manera se agota entre esos dos hitos que son, por un lado, *Las metamorfosis* de Ovidio, donde, además de la famosa conversión de Dafne en laurel, se cuentan tantos trueques de seres humanos en piedras, vegetales o animales, y, por otro lado, ya en el siglo XX, el no extenso muestrario, sino único e intenso caso de G. Samsa convertido en insecto gigante en *La Metamorfosis* de Kafka.

La literatura árabe de todos los tiempos contiene referencias a diversas metamorfosis. De forma resumida, porque no pretendo abordar ahora tan amplia cuestión, diré sólo que en la literatura árabe medieval aparecen claramente dos de sus significaciones más evidentes: la predominantemente moralista, y entonces la metamorfosis es un castigo, que sufrieron por ejemplo las gentes de 'Ād, "contra los que Dios desató su cólera, a causa de su impiedad, y el castigo consistió en cambiarles de constitución; partiéronse pues en dos mitades...", según un repetido hadiz²; o aquella otra en que predomina la intención de divertir, como ocurre en los casos de transformaciones de Las Mil y Una Noches, que no son pocos³.

Tampoco plantearé ahora las diversas cuestiones relativas al

¹ Bloomington-Londres, 2ª ed, 1966, 6t.

² M^a. J. Viguera, "El nashās: un motivo de 'ayā'ib", *Orientalia Hispanica*, Leiden, 1974; 647-674, espec. p. 649.

³ Nikita Elisséeff, *Thèmes et motifs des Mille et Une Nuits*, Beirut, 1949, 141-144.

trasvase de temas desde la narrativa medieval a la contemporánea; sucede con frecuencia, y de ello traeremos el ejemplo de un relato breve, muy breve, de Zakariyyā' Tāmir, que dramatiza la transformación de un ser humano en vegetal; ese relato se titula "La planta verde" (*al-Jaḍrā'*)⁴, y dice así:

Estaba la mujer parada en el jardín y sobre ella asomaba, en las alturas, una luna de piedra amarilla. Sus pies descalzos hollaban la tierra. Un cantar ronco y lejano llegaba hasta sus oídos. Con desaliento inclinaba la cabeza. Como pájaro blanco degollado era -en ese instante- el miedo.

El cuerpo de la mujer temblaba y sus ojos se anegaron de lágrimas. Su carne se fue poniendo más y más rígida. Por la planta de los pies le crecieron raíces que perforaron la tierra reseca y penetraron en ella, mientras la mujer lloraba y lloraba con la cabeza caída.

De pronto soltó un grito de alarma y alzó los brazos para intentar librarse de la tierra, pero sus brazos, ya secos, estirados hacia arriba quedaron. El cuerpo se balanceaba a derecha y a izquierda, y las lágrimas desaparecieron poco a poco, mientras la carne se volvía leño recubierto de rajada corteza.

Vino luego el invierno, y sus lluvias lavaron a la mujer plantada en la tierra. Llegó después la primavera, y en brazos y melena le brotaron unas hojitas verdes. Pronto se abrieron numerosas flores.

El sol del verano resplandecía ya cuando el dueño de aquel huerto llegó. Era muy viejo, y se encontró con todos sus manzanos cuajados de fruto, excepto uno, cuyas flores no habían fructificado. Y el viejo se enfadó, corrió a traer su hacha, y con ella se lanzó contra el tronco, y dió tajo tras tajo, hasta que el árbol cayó a tierra sin vida.

El autor de este cuento es el prosista sirio Zakariyyā'

⁴ Publicado en su colección *al-Ra'ḍ* ("El trueno"), Damasco, 1970, 77-78.

Tāmīr, nacido en Damasco el año 1931. Personalidad literaria ya consagrada, su obra ha sido objeto de frecuentes traducciones a lenguas occidentales, y entre ellas al castellano⁵. Es autor de relatos, de *qiṣaṣ qaṣīra*, género que ha logrado un lugar propio en la literatura árabe moderna. Desde finales de la década de los cincuenta publica Tāmīr sus relatos, de estilo personalísimo, en diversas revistas árabes; muchos de ellos los ha reunido luego en colecciones: "El relincho del caballo blanco" (*Ṣahīl al-ŷawād al-abyaḍ*), Beirut, 1960; "Primavera en las cenizas" (*Rabīc fī l-ramād*), Damasco, 1963; "El trueno" (*al-Raʿd*), Damasco, 1970; "Damasco de los incendios" (*Dimaṣq al-ḥarā'iq*), Damasco, 1973; "Dijo la rosa al vencejo" (*Qālat al-warda li-l-sunūnū*), Damasco, 1977; "Los tigres al décimo día" (*al-numūr fī l-yawm al-ʿāšir*), Beirut, 1978, y, tras diez años de silencio, una nueva serie de relatos, bajo el título de "Dijo el rey a su visir" (*Qāla l-malik li-wazīri-hi*)⁶.

Traduje "La planta verde" de Tāmīr hace más de quince años, y desde entonces, cada vez que he leído referencias al tema de las metamorfosis, especialmente en autores del ámbito mediterráneo, las he coleccionado. Entre los textos de esta no pequeña colección, me gusta comparar el relato de Tāmīr con otros dos especialmente: con unos versos de D'Annunzio y con otros de Elytis que coinciden también en referencias a metamorfosis.

Gabriele D'Annunzio (1863-1938), en su poema *La pioggia nel pineto*⁷, construyó una impresionante sinfonía de la lluvia, que cae majestuosa sobre el bosque mientras una pareja de amantes, extasiados ante las fuerzas naturales, se integran tanto en ellas

⁵ Se mencionan en la introducción de M. Villegas a su selección y traducción de cuentos de Z. Tāmīr, *El día que no es hoy*, Madrid, 1978, 15.

⁶ Señalado por M. Villegas, "Zakariyyā' Tāmīr, once años después", *Sharq al-Andalus. Estudios árabes*, 6 (1989), 195-196.

⁷ *Carducci, Pascoli, d'Annunzio. Antologia*, por F. Bernini y L. Bianchi, Bolonia, 1963.

que sienten en sus cuerpos y almas los síntomas de una nueva vida vegetal:

*E immersi
noi siam nello spirto
silvestre,
d'arborea vita viventi...
...E tutta la vita è in noi fresca
aulente,
il cuor nel petto è come pèsca
ìntatta,
tra le pàlpebre gli occhi
son come polle tra l'erbe,
i denti negli alvèoli
son come mandorle acerbe...*

En Odiseo Elytis (nacido en 1911), uno de los más conocidos poetas neogriegos, aparece en dos ocasiones al menos la alusión a similares metamorfosis; él mismo explica: "En uno de mis primeros poemas existe una muchachita que se transforma en una mata de naranjo. En otro, cierta mañana, una niña se vuelve una matita de granado. Este es el mecanismo de personificación que utilizo -de la mitogénesis, si usted quiere-, pero sin invocar ninguna figura mitológica"⁸. El primero de los dos poemas, titulado *Portokalenia*⁹, comienza:

*Tanto la embriagó el zumo del sol
que dobló su cabeza y aceptó llegar a ser,
pocc a poco, la pequeña Portokalenia.*

Tres testimonios literarios modernos, como hemos visto, cada uno con su arte peculiar. Utiliza D'Annunzio el motivo de la metamorfosis como palanca para relacionar al lector con la naturaleza que recrean sus versos, y animarle, con el ejemplo de

⁸ Entrevista de O. Elytis citada por M. Castillo Didier, *Antología fundamental*, (del poeta griego), Barcelona, 1981, 36.

⁹ De *portokal*, "naranjo".

sus protagonistas, a introducirse en aquel universo vegetal encerrado tras las cortinas de la lluvia; y su propósito es estético. Elytis busca expresar, como es característico en él, la comunicación existencial de todos los seres, su igualdad radical ante Vida y Muerte. Y Tāmīr se sirve del viejo mito para manifestar la relación conflictiva del individuo y de la sociedad; como Elytis, lo presenta con ribetes surrealistas, que sirven bien a sus objetivos críticos: una tristeza profunda inmoviliza a su protagonista, que se convertirá en vegetal ("ser orgánico que crece y vive, pero no muda de lugar por impulso voluntario"¹⁰), y luego, incomprendida, culminará su tragedia, como la higuera estéril en la parábola evangélica, aunque Tāmīr propone una sutil relación de culpas, y la responsabilidad individual se prolonga hasta la colectividad.

¹⁰ *Diccionario de la Lengua Española*, de la Real Academia Española, s.v.